

Medianoche

por Hilda Guzmán Montelongo

para Sergio Flores Azco
y Sergio Moro Flores

—¿También esta noche vas a salir, Elena?
—Sí, abuela, pero no se preocupe, no iré a llorar al sitio donde usted enterró a Javier.

—¿Y qué querías, ¿que lo dejara engusanarse en tu ropero? Debí ser más cuidadosa contigo, pero cuando la gente me habló por primera vez de tus salidas al oscurecer, no quise creerlo.

—Ya le he dicho . . .
—Sí, que no soportas el encierro en la penumbra de tu cuarto, que te gusta caminar en las noches de viento, que escuchas voces que te llaman y se pierden en algún zaguán o cualquier otra cosa que me obliga a no preguntarte más.

—No debió permitir que mi madre me dejara con usted.

—No.
— Muchas veces, de niña, imaginé la casa de mamá: no tendría la infinidad de puertas cerradas que hay aquí ni se escucharía este eco de grillos por todas partes.

—¿Para qué soñar en otra casa si ni siquiera estamos seguras de que ella fuera tu madre?

—Cuando comencé a crecer, abuela, no faltó quién me contara el llanto de mamá en una tarde de sol y de silencio. La gente dice que la vio cargar el cuerpo de su marido hasta el cementerio y que cuando los hombres la ataron en el centro de la plaza para castigarla por esa muerte, usted no fue a llevarle consuelo ni resignación porque esa era la costumbre.

—No puedes hacer caso de todo lo que se dice.

—Otros rumorán que ella soportó así el sol y la vergüenza durante tres días y que fue entonces cuando mi padre la ayudó a escapar.

— ¡Ya basta de tonterías, Elena! Lo que quiero es que me expliques la muerte de Javier.

—¿Para qué quiere que le cuente? Desde ayer no hago otra cosa que recordarlo y a ratos permanezco hundida en un sueño en el que sólo su cadáver forma una imagen clara. ¡Pobre! Hoy es su primera noche en una tumba, seguramente extrañará mi voz y quizá el murmullo de los grillos lo atraiga hasta mi cama.

—¿Estás loca, Elena?

—Desde que era chica, siempre me ha despertado a medianoche el canto de los grillos como voces diminutas incrustadas en mi cerebro.

—Pero él está muerto, Elena.

—Antenoche, abuela, me encontré una vez más a Javier. El no era de aquí, pero le gustaba pasear buscándome en la oscuridad y dos o tres veces me descubrió en el cementerio. Decía que en las noches calurosas y sin luna mucha gente recorre las calles en silencio. Las mujeres creen que se transforman en lechuzas y los hombres en grillos. Las lechuzas atrapan a los grillos y los devoran. ¿No le parecen chistosas las ocurrencias de Javier, abuela?

—Estás inventando, Elena. ¿Por qué no quieres decirme la verdad? Mataste a tu amante por celos.

—En ocasiones, abuela, mientras él hablaba de lo rara que le parecía, yo lograba escabullirme y después, toda la noche seguía sus pasos sin que él pudiera evitarlo.

—Seguramente ya sospechabas algo. ¿Qué hiciste al descubrirlo, Elena?

— A ratos, oculta en las sombras, me acercaba a Javier y le decía que quien sabe escuchar a los grillos, adivina viejas historias como la de mamá.

—Pero él no entendió la amenaza, ¿verdad, Elena?

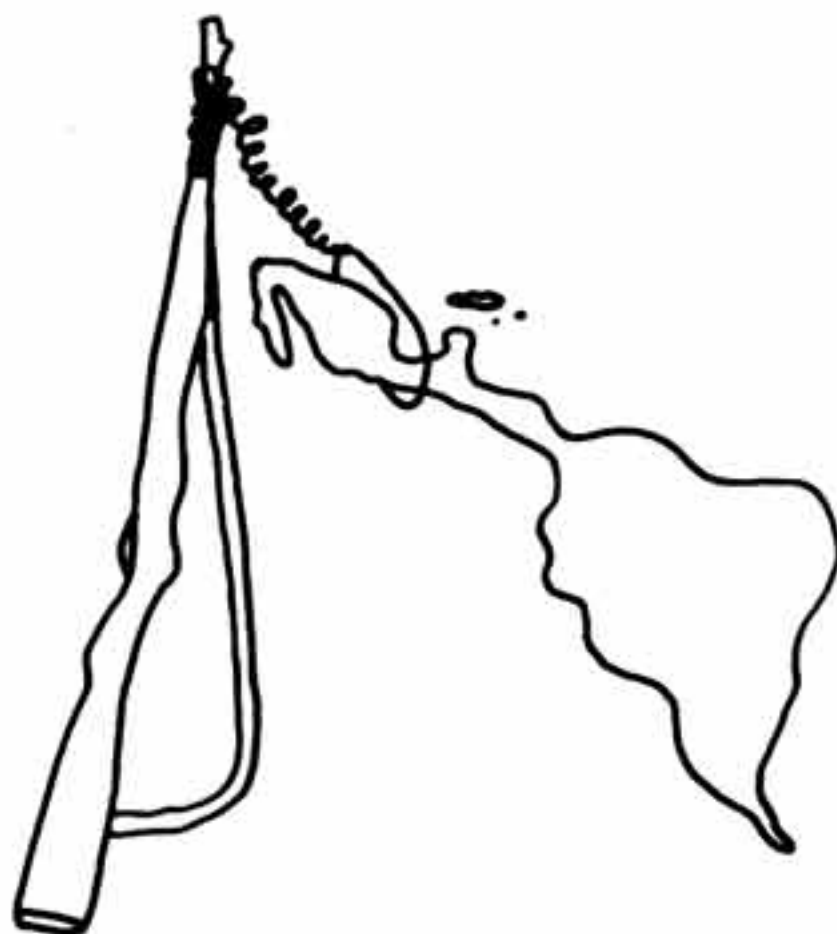
—Algunas noches recorríamos infinidad de calles sin pronunciar palabra y yo creía descubrir su rabia en cada esquina, abuela, pero nunca era usted.

— ¡Vaya!, por lo menos confiesas tus remordimientos.

—Recuerdo que cuando le hablaba de las puertas cerradas, él decía que en mi familia todos eran lechuzas y allí se escondían para destrozar a los grillos.

—¡Basta, Elena!

—Elena, Elena, Elena, parecían susurrar los grillos esa noche y una vez más tuve que huir de mi cuarto perseguida por los murmullos. No había luna, un viento tibio me condujo hasta el camposanto y sobre una lápida encontré durmiendo a Javier, tres o cuatro grillos recorrían su rostro. Lo observé algunos minutos, de pronto el rumor de muchas alas llegó hasta mis oídos y como en un sueño, abuela, lentamente comencé a desgarrarle la garganta.



Ehecatl